

Devocional, domingo 31 de marzo del 2019

“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, Y renueva un espíritu recto dentro de mí”.

Salmo 51:10

La comunidad de discípulos de Cristo desde el derramamiento del Espíritu Santo en sus vidas no dejó de dar testimonio de las maravillas de Dios. Incluso Pedro se pone en pie en medio de la multitud y los enfrenta con el gran pecado que habían cometido en contra de Jesús, anunciándoles que ahora Dios lo había resucitado y hecho Señor y Cristo, y lo podían confirmar, porque lo vieron con sus propios ojos.

Que tremenda seguridad tenían en este momento, el Espíritu Santo les dio la valentía que necesitaban, pero además les permitió comprender el mensaje de Dios, ahora sabían que lo sufrido por Jesús era necesario para el perdón de sus pecados y que no era un simple maestro o profeta, sino Dios mismo que se hizo carne para morir por ellos.

Pero eso no debía permanecer ahí, era una noticia muy importante para quedarse callados, era necesario que testificaran, una palabra que tenía un sentido subjetivo, porque poseía una vinculación con la experiencia personal del que entregaba el mensaje. Si no había pasado nada en tu vida, no podías testificar, al igual que hoy, si no estuvimos presentes cuando fueron los hechos, no podemos contar como testigos.

Esta primera comunidad de discípulos tenía mucho que testificar, porque, aunque les fue difícil y varios dudaron, pudieron contemplar con sus ojos como el ministerio de Jesucristo había afectado sus vidas. Ya no eran los mismos, había comenzado una transformación desde su interior, que los llevaría a una realidad totalmente nueva para ellos.

Ese es el llamado que Dios nos hace hoy, a ser una comunidad de testigos dispuestos a contarle al mundo lo maravilloso que Dios hizo en nuestras vidas, y como su Palabra nos ha abierto los ojos a una nueva realidad, la del eternal Reino de Dios.

Pero muchas veces no nos atrevemos a ser testigos, o quizás, no nos consideramos dignos testigos, porque aún no estamos convencidos de nuestra propia transformación, e incluso anhelamos más el reino de este mundo, que el Reino de Dios.

Para ser testigos debemos vivir a Cristo y dejar que su Palabra corra por nuestras venas, vivir no siendo perfectos, porque no lo lograremos en esta tierra, pero si agradecidos por su hermoso sacrificio que nos permitió arrepentinos.

Durante esta semana, pidamos a Dios que nos transforme en mejores testigos de sus maravillas frente a un mundo que aún no lo conoce.

Iglesia Alianza Cordillera